

# VIVIENDA COLECTIVA EN VALPARAÍSO

Valparaíso, una ciudad propuesta por la naturaleza para el habitar del hombre.

Antonio Sahady (18 de enero de 2012)

La naturaleza ha ido haciendo su trabajo paulatino en Valparaíso, elaborando la ciudad desde las inquietas irregularidades de su territorio, despertándolo cíclicamente con espasmos telúricos. Pero su desarrollo, no obstante, ha escapado de la planificación anárquica, rigiéndose, al principio, por las urgencias defensivas y enseguida, con más vigor, por los focos iluminadores que arroja el espíritu. En efecto, la ciudad ha obedecido al efecto congregador que tiene el llamado a rebato de los campanarios. Por eso, no extraña que en torno a los centros eclesiásticos la ciudad haya crecido a borbotones, acomodándose en los cerros que conforman la gradería del gran anfiteatro hacia el mar.

Valparaíso no es producto de un plano fundacional urdido por los severos cauces de la razón. Antes que las leyes que propone la disciplina del urbanismo ortodoxo, han sido determinantes, en su azaroso desarrollo, las características geográficas del lugar. Su actual traza es una permanente alusión al ambiente natural que la modeló. En cuatrocientos cincuenta años se fueron labrando sucesivos umbrales de crecimiento, claramente vinculados a los fenómenos que derivan de una naturaleza inquieta y, muchas veces, hostil. El resultado es una ciudad de traza irregular, cuyos orígenes se remontan al siglo XVI.

El nacimiento y desarrollo de la ciudad parece estar asociado a las urgencias. Es el fruto de las necesidades inminentes, perentorias, impostergables. Desde sus orígenes hasta el día de hoy. De hecho, su propia fundación obedece a los clamores de una emergencia: había que encontrar una conexión marítima a la recién creada ciudad de Santiago, un vínculo que facilitara el abastecimiento de la naciente ciudad. Los españoles veían, asimismo, la necesidad de embarcar hacia su país las riquezas que prodigaban los fértiles valles agrícolas. Corría el año 1536 cuando el capitán Juan de Saavedra descubrió la bahía de Quintil, a algunos kilómetros del núcleo fundacional, un lugar propicio para el abrigo de las embarcaciones. Se trataba de una suerte de herradura abrigada por un alto cordón de cerros que la protegía de los vientos y las marejadas, un pequeño asentamiento de indios changos que subsistía de la pesca.

Era el lugar propicio para recalar, una playa sin más habitantes que unos cuantos pescadores indígenas establecidos en la desembocadura de tres

quebradas, que más tarde se denominarán de Juan Gómez, San Francisco y San Agustín.

Precisamente en este poblado se dispuso la instalación de un puerto que absorbiera a las crecientes necesidades de intercambio mercantil. Sobre todo, en los casos en que se utilizaba la ruta de navegación del Estrecho de Magallanes. Gracias a ello, a contar de 1544, Valparaíso ya se convertía en el gran fondeadero del Pacífico Sur, aun cuando no disponía sino de una bodega para almacenar mercaderías y una modesta iglesia que ofrecía sus servicios religiosos.

Para los conquistadores, en todo caso, la situación era una verdadera paradoja: aquel lugar de inmejorables condiciones para la actividad portuaria negaba la posibilidad de desarrollar la convencional ciudad americana, que exigía una extensa planicie para desplegar el damero de geometría regular.

Pero no sólo eso: resultaba riesgoso levantar edificios de gran envergadura en un territorio sísmico, vulnerable y sin recursos. Se explica entonces la irrupción de una arquitectura de ejecución rápida y de carácter transitorio.

Las severas condiciones no hicieron sino contribuir a que la ciudad se estructurase con una lógica natural, apremiada por nuevas amenazas de catástrofe. Sin embargo, las acciones coincidían en un propósito común: estrechar los lazos entre la tierra firme y el mar.

Valparaíso se perfilaba como una caleta de tráfico bullente, una zona de encuentro de viajeros de paso, de almacenaje de valiosas mercancías y, por lo mismo, el blanco perfecto para los piratas. En la medida que se hacía mayor la actividad comercial en el puerto, aumentaba la acechanza de los saqueadores. Por fortuna, la geografía ofrecía sus atributos para incorporar una eficiente defensa, y ya en 1594 se instaló, en el borde marítimo, la batería de San Antonio. Se inauguraba un verdadero paisaje de atalayas. No es de extrañar, por lo mismo, que a fines del siglo XVII, Valparaíso se constituyera en una suerte de gran fortaleza.

Fue así como después se instalaron nuevas baterías: la de la Concepción, en 1676; el Castillo San José, en 1682; la Planchada o Castillo Blanco, en 1708. Todas ellas consolidaban el bastión defensivo que cubre la poza, ocupando vastas extensiones de terreno.

El complejo Castillo de San José, erigido en el cerro Cordillera, tenía baterías localizadas en diferentes niveles. Durante el siglo XVIII estuvo en su esplendor. Pero el sismo de 1822 significó su definitiva ruina.

**Playa Ancha, en cambio, lejos de sucumbir, mantuvo sus fortificaciones a pie firme, imponiendo su prestancia militar en las alturas. Más aún: se reforzó con nuevas baterías de apoyo.**

**Por su gravitación y extensión física, las fortificaciones siempre han constituido, desde su implantación, ineludibles referentes de la ciudad. En buena medida, fueron los ingenieros militares los que conscientemente impusieron esta imagen de ciudad sembrada de baluartes instalados en las cimas de los cerros. La ciudad quedó marcada, desde la temprana fundación, por una vocación declaradamente defensiva.**

**También es cierto que las instalaciones religiosas han sido parte fundamental dentro del proceso expansivo de la ciudad. Constituyen, a menudo, los polos generadores de centros residenciales y de servicio, a pesar de que hayan sido periódicamente diezmadas por la fuerza devastadora de los terremotos.**

**Los focos destinados al cultivo del espíritu -no cabe duda- han participado de todas las etapas del desarrollo de la ciudad y han impulsado su crecimiento, generando núcleos de intensa vida urbana. Por eso, es justo reconocer que en la metamorfosis que experimentó la ciudad desde el momento de su fundación, las instalaciones religiosas ejercieron un rol primordial. A partir de su implantación se fue extendiendo el tejido urbano, proponiendo nuevas calles y caminos.**

**Tanto como las fortificaciones, en Valparaíso fue determinante la presencia de las iglesias. Cada congregación sentaba sus reales y su impronta particular, dando cuerpo a un poderoso repertorio expresivo, inspirado en las singularidades que identificaban su respectiva orden.**

**Buena parte de los conjuntos arquitectónicos antiguos tuvieron su origen en fundaciones cuyo destino se modificaba de consuno con las nuevas funciones que hacía falta albergar: conventos, capillas, guardianías, casas de ejercicios espirituales, asilos, establecimientos para la educación.**

**Los conjuntos monásticos estimularon, sin duda, el crecimiento de la ciudad, dando forma a varios núcleos históricos secundarios. Muchos de los cerros y quebradas deben sus actuales nombres a las comunidades religiosas que allí se establecieron originalmente. Y aunque algunas órdenes emigraron a otras localizaciones promediando el siglo XIX, no faltan las quebradas y cerros que todavía conservan sus denominaciones históricas: San Agustín, San Francisco, Santo Domingo.**

**Hasta ese momento el patrimonio de arquitectura religiosa había estado condenado a los azotes que le infligía la naturaleza. Los movimientos telúricos se sucedían con cíclica fiereza, derribando las torres de las**

iglesias y, a menudo, sus propias naves. La ciudad se fue fraguando a sobresaltos, a golpes de sismos sucesivos.

Pero no sólo se desplomaban las construcciones religiosas. Con mayor razón aquellas viviendas levantadas con materiales deleznable y técnicas precarias. Y es que el poblado de Valparaíso fue arrasado una y otra vez: en 1570, en 1615, en 1647 y 1657. Y porfiadamente reaparecían unas casitas rudimentarias, de proporciones más bien toscas, de base maciza y con escasas fenestraciones. En las viviendas, en las obras religiosas y las grandes bodegas de almacenaje, predominaba el adobe; en las fortificaciones, en cambio, la piedra.

Eso explica la morfología sencilla, la ausencia de vanos, la penumbra de los espacios interiores. Se trata de volúmenes apegados a la tierra, de baja altura y dominados por la dirección horizontal.

El terremoto de 1822 -grado 5- devastó la ciudad. Pero ésta renació tercamente un lustro después, exhibiendo en su traza las renovadas cicatrices. Atesoraba, sin embargo, los arcanos atributos que definieron su planimetría original.

Un nuevo cataclismo -el de 1906- trajo consigo una secuela de ruinas y desolación, obligando a la población a instalarse en los cerros. Uno de los barrios más atractivos para la clase media fue el barrio de Playa Ancha, en cuya meseta se construyeron conjuntos de viviendas sobre un trazado perfectamente regular, teniendo en cuenta las facilidades que ofrecía la topografía. La situación de confín de Playa Ancha se mantuvo hasta el siglo XIX.

Fue el momento en que la población desamparada empezó a buscar acomodo en las laderas de los cerros. Las viviendas trepaban a las alturas, sembrando de habitantes el amplio hemiciclo de montes que abriga al puerto.

Los registros expresivos de la vivienda se diversifican: las más modestas, de adobe y madera, se multiplican en las faldas de los cerros y en las quebradas. Otras, de mejor calidad, forman parte de la nueva arquitectura residencial, apropiada para la zona costera. Se trata de viviendas de albañilería de ladrillo y piedra que aprovechan las bondades de la topografía y el clima.

Las zonas más altas se pueblan de viviendas que, para hacer frente a las inclemencias del tiempo, se revisten de materiales aislantes, tanto en los muros exteriores como en la cubierta.

**Es verdad que la población aumentó explosivamente en pocas décadas, pero también es cierto que el mejoramiento de su soporte técnico e industrial consiguió paliar sus efectos.**

**Independiente de este hecho, la voz de la naturaleza nunca ha dejado de manifestarse. Los nuevos sismos confirman las consuetudinarias formas de expansión que ha adoptado la ciudad: las acciones urgentes, las medidas inmediatas, la necesidad de sobrevivencia. Por fortuna, la estructura urbana, a pesar de estar consolidada, seguía siendo adaptativa, y acepta el desafío de crecer con un orden irregular. La naturaleza nunca ha dejado de condicionar el diseño y exige el respeto que se ha ganado a través de la honda historia. Los cambios, las improvisaciones, las decisiones instantáneas sólo han conseguido perfilar a fuego la identidad de Valparaíso.**

**Las viviendas ya han arropado los cerros y se descuelgan en caótica armonía. En los alto, una altanera geografía de atalayas. Disperso en la ciudad, el variopinto mosaico de instalaciones religiosas que atrapan desde la atura de sus campanarios.**

**Después de cuatro siglos y medio, las cicatrices de la ciudad dan cuenta del tiempo transcurrido. En esas cicatrices yace la historia que no cuentan los cronistas. El pasado está contenido en los edificios, en las callejuelas que serpentean entre los cerros. Está, sobre todo, en el sobrecogedor escenario que constituye su andamiaje, en el tormentoso maridaje entre el mar y la tierra.**

**Valparaíso se hace y se deshace, como el tejido de Penélope. La rutina de caer y levantarse continuará siendo una característica consustancial a su existencia. Porque nada ni nadie podrá impedir que la reconstrucción periódica, generalmente perfeccionada, siga expuesta a los movimientos telúricos, a los maremotos. Y -lo que es más grave- a las desafortunadas acciones del peligroso hombre contemporáneo. Tropezar e incorporarse, una y otra vez. No obstante, por obra de algún indescifrable misterio, siempre se sobrepone a los flagelos naturales y artificiales esa imagen que Valparaíso ha elaborado para sí a través del tiempo. Y esa imagen no depende de un decreto alcaldicio ni de la esperanza de una declaratoria como Patrimonio de la Humanidad. Depende, simplemente, de aquella inexpugnable capacidad que la ciudad tiene de fijarse a fuego en la memoria colectiva de sus agradecidos habitantes.**

**Qué bueno que, desde nuestra trinchera académica, estemos atentos a su desarrollo, haciendo foco, en esta oportunidad, sobre un componente arquitectónico tan gravitante en el paisaje porteño como es la vivienda colectiva.**

**Muchas gracias.**